

SARMIENTO ⁽¹⁾

La reaparición de Sarmiento en el escenario intelectual de la República ha traído consigo el poder que él tuvo en la vida de producir una agitación fecunda, de ideas e inspiraciones. Si antes él solo engendraba la tormenta con el soplo de su pasión y de su temperamento formidable, ahora su memoria y su obra, vistas á dos décadas de su muerte, han realizado una verdadera reconstrucción de un siglo de historia nacional. Tal aparece esta conmoción de todo el país, en vigorosa y valiente glorificación del nombre que ha simbolizado en nuestra breve centuria, más que otro alguno, la epopeya de la lucha, de la voluntad, de la potencia creadora. La fiesta que hoy nos congrega en este recinto, consagrado ya por la tradición social argentina, es un bello fragmento de la vasta labor conmemorativa de este día, y el ciudadano que habla expresa los votos de solidaridad y gratitud de la comisión popular de Buenos Aires, hacia las autoridades y corporaciones públicas y privadas y hacia los compatriotas y extranjeros que con ella comparten la magna apoteosis.

Y no es de extrañar esta vuelta á la arena de problemas que un tiempo fueron enseña de combates, de la palabra, de la pluma y de la espada, porque la evocación que los suscita es la de un espíritu que no tiene pasado, porque Sarmiento es perpetuo contemporáneo en nuestra evolución nacional; porque ninguna cuestión relativa á la sociabilidad argentina le fué ajena; y las que no planteara, discutiera ó impusiera por sí mismo, las dejó esbozada en la tela gigantesca desplegada á su frente. Diríase que su personalidad es como la corteza del árbol, que adapta á todas las edades y crece y se vigoriza con el tiempo. Todas las influencias ambientes y todos los riegos interiores la fecundan y transforman; y así, cuando nuevas ideas críticas modifiquen la conciencia colectiva, aparecerán formas y conceptos de aquélla, que se antojarán creaciones fantásticas.

(1) Discurso del Dr. Joaquín V. González pronunciado en el teatro Colón en el día del homenaje nacional á Sarmiento.

Es que, entre todas las entidades de nuestra historia, la de Sarmiento es, en la esfera mental, la única congénita con el tipo mismo de la raza, hija directa de la tierra, flor y fruto naturales de su vegetación nativa.

Otros toman su individualidad en el estudio disciplinado de las academias ó de las literaturas dominantes: la de este poderoso primitivo absorbió para la nutrición insaciable de la personalidad originaria, todas las ideas y fuerzas ambientes. Este fenómeno se observa en todas las facetas de su labor mental, desde la página juvenil, trémula de emoción afectiva, hasta la más elevada ú honda aspiración política.

Sarmiento trae á la vida de la idea y de la acción el sello inconfundible é indeleble de los dos más profundos modeladores de caracteres humanos: la montaña y la llanura; pero la montaña y la llanura andinas.

Sus creaciones literarias más puras, más vigorosas consagradas ya á la inmortalidad del arte. — «Recuerdos de Provincia» y «Facundo» — son el canto, la epopeya, el romance, la elegía, la endecha, la confidencia, el furor y los profundos dolores y rugidos de aquellos dos eternos generados de la belleza y del pensamiento argentino.

Tres siglos de vida solitaria, abrasada por los soles, azotada por los vientos, y torturada por el desierto ú oprimida por la Cordillera, dejaron esas regiones impregnadas de hondas melancolías, de mudas protestas, de sordas rebeliones, de futuras é incontenibles tempestades. En el lienzo enorme de esas tierras y épocas de la patria historia. Sarmiento, el evocador, fijaba con la tinta robusta de su paleta las efigies apacibles ó señoriales de sus antepasados, de sus maestros venerables de vida y de rígida austeridad, que decoran á manera de teorías esculturales sus memorias provincianas ó detiene y encadena á su paso extrepitoso y sangriento las sombras de Facundo, de Aldao, del Chacho, de la montonera, de la turba disgregada y esparcida por odios inconscientes y abstractos, por sed de sangre ajena con que aplacar su vértigo de miseria, de correría y abandono. Es que están allí palpitando en el fondo del paisaje llanero ó montañés; y en cada movimiento del ramaje, ó en cada alarma del nido, se cree ver asomar todavía la roja banderola del lancero en la emboscada, ó se cree apercebir tras de la escueta peña, el ruido de sables, espuelas y guardamontes de las partidas en desbande ó en acecho. El artista en esos cuadros eclipsará siempre, para gloria suya y de su patria, al historiador; y la obra es clásica, de ese clasicismo originario de las epopeyas heroico-religiosas, hijas de la naturaleza, modeladas por la estética genial del bardo ó del profeta.

Carácter indivisible, como producto directo de su medio, lleva esa unidad indisoluble de su constitución á todas las aplicaciones de su actividad mental y política. Ese es el origen de su «yo»: de ese «yo» insistente, rebelde, insaciable, irresistible como un ariete, conciso, claro y terminante como una fórmula, elocuente y deslumbrante como un experimento, que torturó por más de medio

siglo á sus adversarios y coetáneos, y que ellos atribuyeron á pueril vanidad ó á desmedida exaltación de sí mismo. Era su sentido nativo y su vocación de la verdad, hija de la misma tierra y acrisolada por el estudio, lo que impulsaba su raciocinio en la presión de la lucha ó en la prisa de soluciones definitivas, hacia la suprema y categórica simplificación del «yo» soberano y absoluto como un mandato. Ajeno á toda atenuación cobarde ó egoísta, que en la discusión impide ó retarda la entrada de la verdad en la escena, ofrecía á cada instante su «yo» á la mesa de la autoridad propia y extraña, siempre que hubiera de extraerse de ella un átomo de verdad positiva. Demuestran esta conclusión sus mismas contradicciones, aparentes ó reales, que en el largo espacio de medio siglo de labor mental habrían neutralizado todas sus ideas fundamentales.

Las vidas activas no pueden ser lógicas en el sentido de una unidad é identidad de todos los instantes; porque serían la negación de la transformación orgánica que rige á todo universo, y más el mundo de las ideas racionales ó sensitivas. Una idea y una acción políticas, identificadas con la evolución de un pueblo no pueden mantenerse invariables y fijas, mientras todo cambia y se transforma en torno suyo: y por eso los llamados caracteres invariables ó incommovibles, son los menos lógicos y los más incompatibles con la naturaleza y con el gobierno de las sociedades humanas. Para una conciencia exacta, formada en la observación de las leyes científicas de la vida, el verdadero carácter es el que se guía por el amor y el sentimiento de la verdad y la justicia; y las más firmes columnas morales en que se apoyan las naciones y mantienen esa armonía universal que llamamos civilización, con aquellos espíritus que, poseídos por don natural ó racional, de la suprema inspiración de la verdad y de la justicia, tienen la fuerza de abnegación y sacrificio indeclinables, para sustentarlos contra todos los obstáculos, potencias ó asechanzas de los hombres ó del destino. De los mismos orígenes arrancó Sarmiento sus más violentas pasiones, sus vocaciones más decididas y absolutas; sus ambiciones fueron tan grandes como los rasgos esenciales de su carácter: pero ellas no van dirigidas á la sensualidad de un goce, ni á la vanidad de una victoria personal, sino á la solución de un problema moral ó político para la vida de su pueblo. Es el caso de esas que Haldane llamaba hace poco «vidas consagradas», entendiéndolo por tales «aquellas que se encuentran con toda su potencia en un alto propósito», y una vez medida su propia fuerza y comprendida con claridad la magnitud de lo que pueden realizar, se entregan á la acción en toda su integridad.

He dicho antes que Sarmiento era un carácter indivisible: y ahora necesito completar mi definición asociándola á una grave cuestión de moral política y humana, ya enunciada en una ocasión memorable por un célebre educador moderno. Hablo de la doble conciencia, tan admitida y común en la vida contemporánea, según la cual se la puede dividir en privada y pública, de manera que una moral rija los actos privados y otra diferente gobierne los que

afectan á los negocios comunes ó políticos. Fruto solo de los sistemas abstractos ó imperiosos, que han dominado por tantos siglos al mudo, él solo aparece como índice de corrupción ó decadencia, para exaltar el formulismo cortésano en el sitio de la sencilla verdad, y para erigir al fraude artero y artificioso, en señor y dominador de las relaciones privadas y públicas, y dispensador único de éxitos y soluciones. Lo que Bourgeois y Haldane preconizaban en París y Glasgow, como el supremo ideal de la universidad moderna en relación con el destino de la sociedad política, nuestro genial educador lo trata en la conciencia como una imposición fatal de su indomable naturaleza. La unidad invisible de su carácter, auxiliada por una voluntad tenaz é inflexible para la acción, hacía de él una solución viviente y anticipada de futuros problemas de alta ciencia educativa, y así no es extraño sino de todo punto lógico, que esa vida se consagre en absoluto y por igual á altos propósitos, que en su diversidad específica, acaso se redujese á uno solo: «á educar á la democracia argentina».

Era la dedicación suprema de un espíritu surgido en el alba de la nacionalidad; acrisolado su culto de la tierra patria en el espectáculo grandioso de una lucha por la libertad que improvisaba héroes y apóstoles, cual si brotasen de las piedras como en las leyendas antiguas; entristecido luego por las discordias y odios, tan regresivos como persistentes, que hicieron fácil presa en multitudes bárbaras, ignorantes y miserables, que al amparo del desierto y del aislamiento, engendran la fuerza de recíproco exterminio, y los monstruos humanos de la ferocidad, el egoísmo y la superstición, — formas erróneas de la lucha por la vida, más que de la ambición de dominio ó de poder político; testigo doliente, y víctima él mismo de las tiranías de esa barbarie tan soberbia como brutal, y muchas veces revestida de formas y procedimientos civilizados que hacían más odiosos sus excesos: admirador presencial de las maravillas y bendiciones que en esas mismas épocas, por un amargo sincronismo, vertían en otros pueblos, en Europa y América, la paz, la libertad, la ciencia y el trabajo colectivos y ansioso de ver en sus días, y de labrar con sus manos para su patria iguales dones, — la «consagración» de su vida quedó hecha en su inteligencia; y todo el poder de su genio, todo el vigor de sus facultades y todos los recursos de su temperamento, quedaron librados á la guerra sin término, contra los dos más temibles enemigos de la patria, — la ignorancia en las almas, la miseria y la desolación en el territorio.

La misión educativa que se impuso Sarmiento, fué esencialmente política. Desde las primeras fórmulas constitucionales bosquejadas por la Revolución, el gobierno popular quedó planteado como un anhelo, como una decisión de las voluntades directivas del movimiento emancipador. Pero esa masa social salía de un régimen de ignorancia y de aislamiento moral de tres siglos, y se vió de pronto impelida á las conscientes y soberanas funciones del sufragio. Los analfabetos de la libertad admitieron los inevitables tutores de su ignorancia, y desde ese día una clase inesperada de representantes sin mandato, se interpuso entre el elector origina-

rio y la urna del comicio. El caudillo de fuerza, de interés, ó de conciencia, apareció en la vida política argentina, y este substitutivo, al echar raíces en suelo propicio, queda convertido en institución. Reformas célebres se han consumado sobre bases tan deleznable; una mentira inicial se halla sepultada á manera de cimiento, bajo los muros de nuestro edificio político, el cual ha sido levantado sobre ella los diversos cuerpos de la inmensa fábrica: las constituciones unitarias hasta 1853: la Constitución federal hasta nuestros días.

¡Obra gigantesca fué la que se propuso reemplazar los ya demasiado profundos cimientos provisorios, por los definitivos de duro y macizo granito, para el porvenir de las generaciones que habían de utilizarla! Sarmiento estaba en la verdad al comenzar su apostolado de enseñanza; y porque comprendió que no llegaría jamás á dar régimen constitucional, firmeza y consistencia verdaderas mientras no se hiciese en el pueblo la conciencia de sus derechos, la noción de su destino colectivo. Pero al mismo tiempo que su acción política colaboraba en los hechos orgánicos de la nación nueva, su prédica en la prensa, en la escuela, en el libro, en la tribuna, afrontaba el problema fundamental de la educación. Entre tanto, los partidos y los gobiernos, aun para las soluciones más vitales, acudieron á las transacciones en los mejores casos; y cuando predominaron los sentimientos disolventes ó egoístas, se apeló á la violencia, y para disimularla bajo un pabellón de principios, se proclamó la reivindicación de la libertad del sufragio, ó su conquista, como una nueva Magna Carta que justificase todas las revoluciones.

El pensamiento educador, mantenido sin tregua por Sarmiento y por Alberdi, en la más fecunda dualidad y contradicción que pueblo alguno puede exhibir en su historia, elaboraba en la banca humilde de la escuela de aldea, en el silabario, en la traducción, en la lectura, en el ejemplo personal de todos los instantes, en la fustigación, en el sarcasmo, en la reprimenda, en el ridículo, en la amenaza, en todas las formas de la sugestión y de la prueba, — el tipo del ciudadano deseado para la nueva democracia. Si por una parte la lección didáctica tendía á crear un género uniforme de educación cívica, por otra la lección mucho más incisiva del ejemplo del maestro-estadista, imponía el sello diferencial del carácter á cada individuo. Se quería una nación de hombres libres y no un ejército de voluntades subordinadas á una fórmula imperiosa común. Y el ideal era tanto más alto, cuanto más cercana se hallaba la época de las sumisiones y pasividades impuestas por el temor á la necesidad, ó por esa fatal inclinación á la servidumbre, en las sociedades debilitadas por los largos despotismos ó regímenes personales.

Y aquí otra dualidad ó paradoja de difícil explicación: de un lado la mayor prosperidad económica, y del otro, en un perfecto paralelismo, la más visible y real regresión de atonía moral ó política. El hecho ha existido y ha calificado épocas históricas; y no es esta la primera vez que yo lo observo como una realidad existente en nuestro propio país. Aquella atonía moral y política es

crónica dolencia del alma argentina adquirida en la privación de toda parte del ciudadano en la creación efectiva y directa de su propio gobierno. Generadores y generaciones han pasado alentadas por las promesas de rehabilitación, y siempre la razón de urgencia, de necesidad del hecho consumado, del orden existente, ha justificado los gobiernos de hecho, de transacción ó de violencia. Perdida la esperanza de las conquistas ofrecidas, los ánimos han caído en la incredulidad, en la amarga decepción ó en la enconada reserva; y así, todos los excesos ó licencias de los gobernantes pueden hallar tierra propicia ó ambiente de diferencia; y por el lado opuesto, todos los enconos concentrados pueden descubrir la brasa escondida entre las cenizas para incendiar con un soplo la hoguera de las reivindicaciones sangrientas. La suerte de una democracia semejante, donde el soberano es solo un hombre ó una pasividad, queda librada á las contingencias más inesperadas; porque si ella no ejerce su voto, quedará á merced de las conveniencias de gabinete ó de comité, convirtiendo la política electiva en asunto de administración; ó en el mejor de los casos, fiará á ciegas en las inspiraciones personales del gobernante, obligada á suplir con su discreción y conciencia del bien común la ausente determinación de la voluntad popular.

La genial inspiración de Sarmiento comprendió desde luego que la atonía del espíritu cívico de sus compatriotas era un mal antiguo, que tenía echadas profundas raíces en los hábitos sociales, conservados por un sistema de ignorancias y exclusiones, inveterado sino sistemático. Para él el problema del sufragio era problema de educación. Lo ha sido en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde un secular influjo educativo ha hecho de cada ciudadano una fortaleza irreductible para toda influencia que mueve toda humana voluntad. Y si la educación de un imperio de reciente aparición en el núcleo de las grandes potencias ha demostrado que eran utopías las antes consagradas diferencias de sangre, ¿cómo negarle el poder de enseñar á un pueblo, de raza y cultura europea, la fácil ciencia de gobernarse á sí mismo? ¡Oh, el látigo de Sarmiento! No es sólo el de Juvenal, que castiga faltas y flajela debilidades y bajezas, sino también el revulsivo, el que despierta, el que alarma, el que sacude y hace ver la obra y la urgencia del trabajo, y la vergüenza de la miseria indolente y criminal. «Metuentes verbera linguæ»; los enemigos de la cultura, los amigos de la secular rutina, los conservadores de los odios y las simulaciones mañosas que han retardado este progreso de nuestra general cultura, sintieron chirriar sus carnes heridas por aquella vibrante disciplina de maestro que arroja mercaderes y que incita á la acción, á la lucha contra el yermo doméstico y los «latifundia» del dominio común. Y durante más de medio siglo, hasta los umbrales de su último día — primero de su reposo — los «verbera linguæ» del maestro estadista resonaron sobre las espaldas de la rutina y del fraude, y de la ignorancia engreída y malevolente.

Muchas veces habrá cedido él mismo á la excitación del com-

bate y á su propio temperamento é impulso, arrancado acaso con injusticia una gota de sangre ó una lágrima de dolor. Él no ocultó sus imperfecciones ni desconoció sus errores; y sería inmortal en toda literatura aquella página parlamentaria en que compara los ríos tormentosos, que salen puros y transparentes de la gruta primitiva, bajan con estrépito la montaña y recorriendo el largo y tortuoso cauce, se echan sobre los llanos sedientos, para fecundarlos con el caudal de sus aguas, llenas de impurezas arrastradas á su paso, pero también repletas de limo regenerador. Símil admirable, en cuyo fondo se lee una confesión ejemplar: correctivo discreto de la falsa moralidad, que exige puros ideales é imposibles, y enseña que no consiste la virtud cívica perfecta en la ausencia absoluta de pecado ó de error, sino en la persistencia y sinceridad y honradez del propósito dominante en la vida del hombre público.

El plan educador de Sarmiento era de una estrategia integral, si se puede hablar así. Porque, al propio tiempo que dirigía, manejaba y reformaba sistemas vetustos de enseñanza primaria, promovía é implantaba un sistema de instrucción media que aun no ha sido superado en sus contenidos esenciales, y fijaba atención preferente en el ciclo de los estudios superiores coexistentes é inseparables de aquellos, allegaba cimiento científico á todas las instituciones del Estado que requiriesen pericia ó preparación sistemática, y por eso crea las escuelas técnicas de ambos ramos de nuestra milicia, alza en Córdoba un hogar propio á la más alta y sublime de las ciencias, rindiendo homenaje nacional á la cultura superior del mundo; y, echando abajo toda frontera intelectual entre su patria y el exterior, llamó á las universidades los primeros núcleos de alta sabiduría europea para fundar ó robustecer la incipiente ciencia argentina.

El estaba en la verdad, porque la formación de una democracia consciente, como la requerían las nuevas instituciones, era una exigencia inmediata para salvar de un irreparable naufragio el bastimento común, tantas veces desmantelado y roto. Desde la primera noción cívica infantil con mira hacia el futuro remoto, á la noción objetiva del deber en el adulto analfabeto, y hasta la instrucción y cambio de oriente intelectual en las clases superiores y gobernantes, había que elaborarlo todo al mismo tiempo, en un inmenso taller, donde todas las operaciones debían ocuparse á la vez de todas las secciones de la obra. Y, á veces, este obrero colosal se nos aparece como ciclope de leyenda, rompiendo el granito, cuadrando y puliendo el bloque, cantando, y embriagado de su faena, las delicias de la curva gloriosa, ó rompiendo la armonía del poema con los denuestos de la cólera y de la pelea contra la dureza de la piedra ó la lentitud de las horas, ó con los recios martillazos que dejan la marca imperecedera en la frente del coloso. Hay un ritmo superior é imperturbable en la historia de su evolución mental y política, á pesar de todas las incoherencias, contradicciones y desequilibrios; es la pasión de la verdad, el furor de la acción, la fiebre profética de la propaganda, que

asume todas las formas y los tonos, desde la caricia ténue y cálida, hasta la agresión brutal que derriba del primer empuje, para levantar después á la víctima en sus brazos. Es la pasión de la patria que lleva dentro de sí como su propia substancia, y por eso habla en su nombre sin nombrarla, acarrea febricitante la argamasa y la piedra para continuar la obra, y anticipando las líneas finales está preparando las ánforas y el pebetero para el vino místico y los inciensos de la magna celebración.

Una patria unida é indisoluble era lo que buscaba como problema orgánico, y dentro de la patria un estado firme y representativo, fundado sobre la realidad democrática. Por eso es hasta demagogo en la calle y por eso llega hasta déspota en el gobierno: es que el genio personal que lo anima y mueve se ha compenetrado con la acción pública, y sin artificiosas duplicidades, habla él mismo en todos los actos y transpira en todos los documentos. Por eso sus contemporáneos sintieron sus palabras y su gesto como reproche ó amenazas: y por eso todavía, á dos décadas de su muerte, ráfagas de odio sublevado por las reminiscencias de antiguos entreveros amenazan aventar sus cenizas. La anarquía nacional la arroja del suelo nativo, y la luz ya encendida alumbrá caminos lejanos donde las multitudes hermanas y afines peregrinan como las nuestras hacia la civilización y la libertad. Su residencia de Chile y sus viajes por el viejo y el nuevo mundo, como á otros inmortales conductores de pueblos y conciencias, le sirven de escuela y de universidad, con la ventaja inmensa de la experiencia y la observación de sociedades extrañas, que luego vaciaría á manos llenas en la labor directa de la propia cultura.

Por todas partes, con la seguridad de un convencido, como quien echa toda la personalidad en el honesto propósito, juzga hombres y cosas á su manera, ante su propia luz, y lo asimila á su invisible problema interior. En la antigüedad habríanle tomado, al verlo vagar por las ciudades y destierros como un futuro fundador de religiones, como un predestinado de destinos extrahumanos. La soledad no era su ambiente, porque él la llenaba con sus palpitaciones ó la perturbaba con sus gritos y confidencias, ó la poblaba con enemigos imaginarios pero vivientes, que le acechaban en las sombras y cuyos alientos hostiles, al llegar hasta él, le arrancaban sus intraducibles conjuros de combate, porque estaban allí, surgiendo en cuerpo y alma en sus evocaciones mentales. La mentira, el fraude, la inercia improductiva, eran algunos de esos fantasmas asediantes de su pensamiento jamás reposado; los odios seculares que sembraron la separación y la guerra en el alma de la sociedad argentina — la guerra privada y latente, mucho más siniestra que la institución medioeval, envenenaban á veces la tinta torrencial de sus escritos y discursos, pero una magna y encendida nube de amor cerníase sobre su cabeza, y ungía la obra y la misión apostólica con efluvios supremos. Era el cóndor de sus rocas áridas y escuetas, sediento de sol y de inmensidades, que, después de la ruda batalla del nido y de la presa,

alza su vuelo silencioso y olímpico, para contemplar y beber en una mirada la masa de los hombres y de los pueblos como un solo hombre y un solo pueblo.

Hijo de la roca y del desierto como aquella ave simbólica de altísimos destinos comunes en América, fué allá en el fondo de su alma, un filántropo insaciable de amor y felicidad para sus hermanos de raza y de destino; su vocación de educador es, así, la fórmula actuante de su filantropía íntima y profunda; su política de paz y fraternidad americana tenía también ese origen intenso; y el espíritu de la Revolución de Mayo, calentado sin duda en la amistad del sublime renunciante de Guayaquil, había forjado en su mente el concepto de una patria más efectiva, más amplia y más desinteresada, que él imaginaba en sus hondas cavilaciones proféticas, semejantes al reino ideal de Isaías, «el cual se alzarán en la cima de las montañas, y todas las naciones correrán hacia él como los ríos; y juzgará entre todas ellas y no hará exclusión de ninguna; y «trocarán las espadas en arados y sus lanzas en guadañas», y ninguna desnudará su espada contra otra, y para siempre la guerra desaparecerá de su recuerdo». Su pacifismo americano, fundado en los lazos de la sangre de un pasado común era como todas las suyas una convicción aprisionada y no una fórmula diplomática; como lo fué en su rival Alberdi, —que en algo superior habían de hermanarse estas dos fuerzas geniales,— hasta poner en evidencia que la política panamericana de la hora actual tuvo en estos dos argentinos inspirados por la desgracia de la patria propia, más que sus precursores, sus fundadores efectivos.

Su concepto de la libertad política en una democracia era en él á la vez de ciencia y de sentimiento. Un vigoroso y joven talento argentino ha enunciado en su estudio de Sarmiento una idea intensa en su aparente exotismo; es que en él había un místico de un misticismo patriótico, originario de la tierra, el que engendra esa intensa emoción que las virtudes públicas y los hechos gloriosos despiertan en las almas educadas. La de Sarmiento hallábase impregnada de esa fuente emocional, alimentada en sus viajes y lecturas de los Estados Unidos. El alma de Wáshington, el noble martirio de Lincoln, la «consagración» filantrópica suprema de Horacio Mann, modelaron su corazón y su conciencia, reforzaron con el ansia de la noble imitación, la ingénita asimilación, á los altos modelos. Las proclamas casi evangélicas de Lincoln saturan de vibraciones su estilo de polemista, de comentador, de docente y de gobernante, y todo el progreso político de las antiguas civilizaciones, que visita y compenetra en sus ostracismos, quiere volcarlo de una sola vez en la inmensurable y vacía y desolada extensión de su triste patria.

Si las vidas de los grandes varones no han de servir de ejemplo y de guía, no vale la pena de evocarlas ni narrarlas: por fortuna los biógrafos de la antigüedad y de los nuevos tiempos modelaron la conciencia humana en los tipos de sus retratos imperecederos. Sarmiento mismo, como Rousseau, Lamartine y otros selectos espíritus, amó la forma confidencial y biográfica, que alecciona con la propia y la ajena experiencia, y aunque sus cuadros aparezcan á las veces

recargados ó empalidecidos por las influencias de la pasión ambiente, la línea maestra queda inalterable.

Nosotros debemos leer y contemplar la amplia órbita de esta vida de un siglo, con el criterio del más sano y sincero aprendizaje. Yo me he interrogado en el silencio de mis meditaciones, si acaso el problema capital de la vida de Sarmiento ha sido resuelto, si los aforismos que la sintetizan han pasado á ser realidades tangibles, si los ensueños patrióticos que agitaron su alma insaciada han tomado forma en el mundo de las cosas.

Y Sarmiento ya no vive para realizar el milagro de las resurrecciones: su espíritu solo nos ha quedado, difundido como la savia de una selva tropical en los árboles que la visten, en el conjunto de su vida y de su obra, tanto más grande y sugerente, cuanto más y de más cerca se la contempla; millares de escuelas de todas las magnitudes, como alvéolos abiertos de una vasta colmena, abren sus cálices vacíos á la miel intelectual, que ha de venir á depositar en ellos el maestro errante é invisible, en sus confidencias de todas las horas de estudios; millares de corazones infantiles palpitan en enjambre al rumor de su visita confidencial y paterna; y la grande alma del que en su infancia fuera apellidado «el primer ciudadano» la «Escuela de la Patria», alimenta, conforta, conduce é ilumina por todos esos caminos, desde su altura inmaterial á los nuevos ejércitos de la interminable cruzada, contra la tenaz ignorancia, generadora de discordia, fuente de regresiones y dolores, amenaza constante y terrible contra el destino de toda nacionalidad juvenil. Y su influencia civilizadora en el Gobierno y en las más locales formas de la labor económica, son tan fuertes como en el reino de las inteligencias, y ha sido forjado su nombre y su genio para escudo y emblema de toda idea de progreso moral y político.

Ya no existe Sarmiento en cuerpo y forma para realizar las ansiadas resurrecciones; pero el primer siglo cerrado sobre sus cenizas candentes abre una nueva puerta de bronce perenne del templo de su gloria, que proclaman hoy desde un confín al otro de la tierra patria los millones de hombres libres que ella alberga. Podemos adoptar ese nombre como expresión de los ideales que agitaron y ennoblecieron su vida de creación y de lucha; y las actuales y futuras generaciones de argentinos pueden cobijarse á la sombra de la bandera bautizada un día por su inspiración genial, y cuyo sentido se condensa en esta alta y salvadora divisa: «á combatir por la verdad y la justicia en la democracia, y á mantener encendido el fuego sagrado del amor y la solidaridad entre los hijos de la misma patria, y obreros de una misma cultura».

JOAQUIN V. GONZÁLEZ.